

INSTITUCION SALESIANA

Inspección "San Francisco de Sales"

Casa de San Justo

Buenos Aires - Argentina



Rdo. P. EMILIO CANTARUTTI

QUERIDOS HERMANOS SALESIANOS Y AMIGOS DE LA OBRA

Por los diversos medios de información, os habrá llegado la dolorosa noticia de que con la serenidad del justo que vive de fe, terminaba su larga y laboriosa jornada en este mundo un grande y muy querido Hermano nuestro: el Padre EMILIO CANTARUTTI.

Nació en Prkos Belovar CROACIA (Yugoslavia) el 11 de setiembre de 1896. Su padre se llamaba Juan y su madre Francisca Brosovich.

Tuve ocasión de conocerlo allá por los años 42 en Bernal y a partir de entonces, entré muchas veces en contacto con él. Pero ya desde nuestros primeros encuentros tuve muy clara la impresión de hallarme ante un salesiano de un temple y una altura extraordinarios, ante un hombre de quien, como Saúl se podría decir que "de los hombros arriba aventajaba a todos los de su pueblo".

No creo ceder a un sentimiento exagerado, afirmando que ninguno de cuantos lo conocieron encontrará desproporcionado aplicar a este Gran Hijo de Don Bosco, las palabras con que las nuevas constituciones en el ART. 4º se refieren a Nuestro Padre: "Espléndida armonía entre naturaleza y gracia; profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo"...

Nos encontrábamos ayer la comunidad reunida, acompañando en sus primeras misas al Novel Sacerdote Mario Leonfanti, cuando al Evangelio, cayó como un roble sobre el altar y selló con la Palabra de Dios su existir.

Durante sus años de superior, supo mostrarse afectuoso, sin dejar de ser el guía que empuja hacia adelante; con la vivacidad y el dinamismo de su acción más que con la palabra, animaba, sacudía y entusiasmaba para crear un clima de piedad, de trabajo, de alegría, de espíritu apostólico.

La salesianidad, forjada en un ejercicio constante y acertado, era un componente radical de su personalidad.

Pero su apostolado tuvo también una destacadísima dimensión social como encarnación de la caridad de Cristo: él fue un ejemplo notabilísimo del ideal de sacerdote que construye la paz y de padre de los pobres.

Estos fueron sus desvelos: dar techo a quienes carecían de él, dar de comer al hambriento, y bajo su égida florecieron las instituciones de socorro social; enseñar al que no sabe, y contribuyó a la creación de centros docentes; asistir a los enfermos y fundó dis-

pensarios y centros para auxiliar sanitario, anticipándose en esto a las exigencias de los tiempos; cuidar de la unidad de la grey y su trato fue el mismo para todos en una sociedad escindida por graves desuniones.

A pesar de tanta variedad de actividades, mantuvo siempre viva la conciencia de su consagración religiosa.

He apuntado más arriba a su salesianidad, definiéndola como un componente esencial de la personalidad del querido padre EMILIO.

Una prueba evidente de esta salesianidad, que él vivía con una simplicidad en nada inferior a lo absoluto de su convicción, era el respeto —devoción— casi, empapado de afecto y confianza, que demostró en toda ocasión, hacia los superiores de la congregación. Diría que con ese sentido de fe y esa ternura de amor, que caracterizan a las almas verdaderamente grandes, se sintió siempre hijo de la congregación y, como consecuencia, él vivía y sentía en cualquiera que la representase, a un representante de aquel padre a quien tan tiernamente ligada tenía su existencia; más aún, me atrevería a decir que veía al Padre en persona, a Don Bosco.

Esta disponibilidad evangélica, pronta siempre a servir a los demás, lo encontró prontamente dispuesto a abandonar su plena actividad, al notar que las fuerzas ya no respondían a una voluntad de servicio, que seguía siendo indomable, como siempre.

Entonces se retiró a las casas de formación y quiso organizar su vida, como un cenáculo de oración y de espiritualidad.

El de su vida fue un lenguaje transparente, porque un testimonio constante de fe y amor. Y sus amigos y hermanos lo comprendieron. La celebración de la Eucaristía de la mañana, presidida por Monseñor Miguel Raspanti, dijo lo grande que era el círculo de aprecio, de veneración y gratitud que el P. EMILIO había creado en torno a su figura de Padre y Pastor.

Maravilloso descubrimiento: estamos esencialmente destinados a la relación personal con Dios.

Recordemos las siempre citadas palabras de San Agustín: "Tú, oh Dios, nos has hecho para Ti y nuestro corazón no estará nunca satisfecho hasta que descanse en Ti".

Quitar al hombre esta meta sería cortar las alas del espíritu, rebajar su estatura al nivel de los seres privados de alma espiritual, engañar sus supremas aspiraciones con objetos de dimensiones insuficientes, alimentar su hambre religiosa con alimento que la aumenta y que no puede saciarla.

Hermanos, este sacerdote Salesiano, que nos deja a los 77 años de edad, vivió con sencillez su tarea de Sacerdote casi cincuenta años.

Ha dejado profundo recuerdo su vida modesta, prudente, de gran delicadeza en el trato, de entrega sin límites.

Sabía ayudar a los otros sin aparentarlo. Tenía el sentido humano de las cosas junto con el del saber referirlas siempre con gratitud al creador.

Su alegría fresca frente a todas las cosas era como la de un niño, absorto por la admiración.

En sus muchos años de enseñanza, se ha dicho de él, ha cantado un himno "al hermano sol, a la hermana luna, al hermano fuego, y al hermano viento"... y ahora serenamente, humildemente, lo ha cantado a "Nuestra hermana la muerte corporal", dando a su consagración religiosa el cumplimiento supremo.

Su recuerdo estará siempre presente entre estos jóvenes salesianos, próximos al Sacerdocio que le brindaron hasta el último momento, el amor y el cariño de su juventud, sus muchísimos exalumnos y los no pocos sacerdotes, que encaminó por la vocación con el ejemplo y con la palabra.

Hermanos, entre las muchas virtudes que nos dio ejemplo nuestro querido extinto está la de la GRATITUD. No quiero olvidar la lección.

También yo siento la necesidad de dar gracias.

En primer lugar a Nuestro Padre Dios, que nos regaló un hermano tan bueno.

Un gracias sincero a Nuestro Obispo, Monseñor Jorge Carlos Carreras, su vicario Mons. José Marcón; a Mons. Miguel Raspanti, Mons. Eugenio Peyrou, a nuestro Padre Inspector, Juan Sol y su vicario el P. Jorge Meinvielle; directores, salesianos de la Inspección e Hijas de María Auxiliadora que nos acompañaron con gesto de afectuosa hermandad.

afmo. en Cristo

**José Humberto Astorga y Comunidad
Salesiana.**

SU CAMPO DE ACCION

En 1919 inicia su labor como trienista en LEON XIII hasta 1920. Estudiante de teología entre 1920 y 1924 en Foglizzo, Turín. En Bernal como Catequista desde 1925 al 1928 y maestro de novicios entre 1930 y 1933. En 1934 y 35 Director de teólogos en Ramos Mejía y luego en Villada en 1936. Nuevamente a Bernal como Director en 1937 a 1942. Luego Director en Pío IX entre 1943 y 1948.

Además de ser consejero inspectorial entre 1939 y 1947. Director en Ramos Mejía entre 1949 y 1954 y San Julián entre 1955 y 1957. Párroco en Ramos Mejía entre 1958 y 1959 y director del colegio en 1960. La Boca lo conoció como párroco entre 1961 y 1970. Fue a Viedma de confesor de los estudiantes entre 1971 y 1973, concluyendo su labor en 1973 como confesor en la casa de San Justo.